

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	4 reales.
Por tres id.	11 »
Por seis id.	21 »
Por un año.	40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administra-
cion y Redaccion, dirigirse al DIRECTOR DE
GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Adminis- tracion.	15 reales
Por seis id.	28 »
Un año id.	50 »
ESTRANJERO, tres meses.	30 »
ULTRAMAR, un año.	6 pesos.

Sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado
costará un real más en Madrid y dos en pro-
vincias.

LO QUE CORRE POR AHÍ.

Y vino el empresario del teatro Real y dijo:
—Es preciso que se dé comienzo por *La Forza del destino*.
Y así se hizo.
Y no gustó maldita de Dios la cosa.
Porque es una música de trompetazo limpio, con perdon del Sr. Vinajeras, y con beneplácito de Barbieri.
Y Fraschini estuvo bien, y á mí me pareció mal.
Y los demás estuvieron mal, y á mí me parecieron bien.
Y eran pocos los llamados á comprar billetes.
Y menos los escogidos para aplaudir.
En resumidas cuentas, que *La Forza del destino* no agrada á los señores, ¡caramba!
Pero vino la *Saffo*, y aquí te quiero, escopeta.
Vamos por partes.
Saffo es una señorita que despues de componer muy buenos versos en griego (y no como aquellos de

Suripanta, la suripanta)

se enamora como una desesperada y llega al extremo de echar los trastos á rodar.
Y ¡aquí viene la tragedia! acaba sus días tirándose al agua desde lo alto de una roca.
El salto de Léucade era en la isla de Lesbos, lo que el pretil del Campo del Moro en Madrid: ¡el último vuelo de los enamorados!
Saffo es una ópera muy buena, y la ejecucion en general ha sido idem.
Pasemos por alto al bajo.
El Sr. Varboni es un artista bajo de voz, de estatura, y casi de talento.
Canta con alguna intencion y anda por la escena dándose mucho tono.
El tenor Nandin, tan suave como siempre.
La Marchisio (doña Bárbara), será una cantante clásica, como dice un revistero musical, pero no sé que hay en su voz y en su modo de acometer algunas notas, que el público se escama.
La Borghi-Mamo cantó la parte de *Saffo* con su maestría acostumbrada, y con ese acento de pasion que á tanta altura ha colocado el merecido crédito de esta inspirada artista.
Que hubo aplausos, es inútil que yo lo diga.
Pronostico que aun ha de haber más cuando la Borghi nos cante *Favorita*.

Quando este artículo vea la luz pública, ya habrá oido el lector á la contralto Biansolini, de la que se habla por ahí con asombro.
Dicen que su voz es un cañon rayado que alcanza los imposibles.
Que sube hasta la guardilla y baja hasta los sótanos.
Tendré una satisfaccion si les gusta á Vds.
Pero más la tendrá el empresario.

Andan por Madrid cautivando la atencion de chicos y grandes cuatro moritos que han hecho la guerra de África al servicio de España.
Uno de ellos, que era sargento, ha ascendido ahora á subteniente: se llama Sidi-Buasa-Almanzor, y segun *El*

Espiritu Público, que lo ha visto de cerca, es un joven de elegante porte, tez morena, ojos árabes, tipo andaluz.
¡Ole, salero!

¡Yo no sé de cuántos crímenes ha hablado estos días *La Correspondencia*.
Cinco ó seis riñas graves, dos ó tres suicidios....
Y no es esto lo más horrible.
Acostumbrado estoy á tales sucesos, especialmente al cambiar las estaciones.
Verdaderamente, la naturaleza tiene caprichitos de marca mayor.
Obsérvase que la mayoría de los crímenes de muy señor mio, tienen lugar en la primavera ó en el otoño.
Sin duda el verano y el invierno se disputan el dominio del mundo, y empiezan á puñaladas sobre cuál es más guapo.
Ellos son los que riñen.... y nosotros los muertos.
Por ahora hace un año que pereció el honrado Par-rondo.
Por ahora ocurrió aquella sangrienta catástrofe en la calle de Barrionuevo.
Pero he dicho mas arriba que no era esto lo más horrible.
Y es claro: desgracias, las hay siempre.
Pero estas desgracias van acompañadas de unos cuantos párrafos en ciertos periódicos, lamentando el desconcierto de la civilizacion moderna.
Entre esos periódicos, morales hasta la médula de los huesos, se distingue *El Espiritu Público*.
Pues bien, ¡oh asombro! esta vez no ha dicho nada *El Espiritu Público*.
Los suicidios se han cometido, y ninguno de esos caritativos y humanitarios periódicos se ha dignado anatematizar los adelantos del siglo y las anexiones de Italia.
Vean Vds. si he tenido motivos suficientes para asombrarme.

Luis Rivera.

LA LLEGADA DE ZORRILLA.

Desde el lunes por la mañana está Zorrilla en Madrid.
Bien sabe Dios que no es el incensario mi instrumento favorito; y que jamás llegarán á millonarios Clement ni Dubost con los guantes que al cabo del año rompo aplaudiendo los dichos y hechos de mis contemporáneos.
—Pero hay ocasiones en que el acento del entusiasmo es el tono propio de la más estricta imparcialidad.
Eso sucede al hablar de Zorrilla; y hoy, quizá por vez primera en mi vida, siento que las hipérbolos del estilo laudatorio estén tan desacreditadas en España. ¡Ay! esta es la tierra de los extremos; de las alabanzas sin término y de los denuestos sin fin; de los entusiasmos desmedidos y de los odios enconados, de las apoteosis y de los suplicios; de las coronas de laurel y de las coronas de espinas. En otras partes se procura dar á cada cual su merecido y nada más. Aquí rara vez estimamos las cosas en su justo valor, y la espresion ordinaria de nuestro juicio (perdónese la palabra) cuando no es el aplauso frenético, es la silba despiadada. Con la misma prodigalidad distribuimos los honores y los improperios, merced á lo cual nos hallamos desprovistos de ambas cosas cuando más falta nos hacen, y tal vez tenemos que aplicar al baron de Andilla el látigo teñido ya en la inocente sangre de Camprodon, ó encasquetar á Zorrilla la mugrienta corona sudada mil veces por los estimables socios del liceo Piquer.

No seré yo quien tal haga, mientras Dios me tenga de su mano. Lejos de eso, no sólo dejaré los encomios para peor ocasion, sino que aplaudiré la manera sencilla y digna con que se ha recibido en Madrid al ilustre poeta, muy al contrario de lo que yo me temia.

Confieso que al entrar dos dias há en la estacion del Norte, me acompañaba la triste esperanza de ver alguna de las mil y quinientas extravagancias que tan admirablemente sabemos hacer en esta tierra de bendicion. Todo era de temer despues de los anuncios con que dias atrás aterrizaron los periódicos al respetable público.
Habíase hablado de reuniones preparatorias, de comisiones de recepcion, de discursos *ex abrupto* y de alocuciones *ex cathedra*. Esperaba yo pues (y la esperaba temblando) una escena de frenesí premeditado, de delirio estudiado y de improvisaciones encargadas á domicilio. En fin, aquello era cosa de tentarse la ropa ántes de entrar.

Al cabo hice un esfuerzo heróico, me encomendé á Dios, y penetré en el antro: tanto puede la curiosidad. Imagine el discreto cuál seria mi placer al encontrarme con un espectáculo diametralmente opuesto al que temia: aquí un grupo de literatos y artistas que, en uso de su autonomia y sin previo acuerdo, habian acudido por el gusto de saludar al gran poeta: los Asquerinos, Diaz, Alarcon, Aguilera, Nuñez de Arce, Casado, Llanos, Palmaroli.... total, una docena de hombres distinguidos; mas allá un centenar de curiosos, meros espectadores de la fiesta, entre los cuales no habia más rostro conocido para mí que el de cierto amigo á quien suelo ver en el espejo á la hora de afeitarme.

Para que nada faltara, la Academia Española en masa *brillaba por su ausencia* (estilo periodístico). Todos sus respetables individuos se habian abstenido de asistir— como un sólo hombre, aunque es mala comparacion.

Tal aspecto presentaba la estacion á la hora en que llegó el tren.

Ni hubo discurso preparado, ni frases de relumbron, ni siquiera empujones de entusiasmo. El poeta abrazó á sus amigos, saludó á los demás, y accediendo al deseo manifestado no sé por quién, se encaminó á pié á su posada rodeado de unos y otros.

Tal fué el recibimiento hecho á Zorrilla, y tal debió ser: una sencilla muestra del afecto de sus amigos y de la simpatía de sus admiradores. Si no hubo mayor concurrencia quizá deba eso atribuirse á una preocupacion bastante generalizada de algun tiempo á esta parte. Hoy se usa, aun entre personas de mucho talento, lamentar que Zorrilla sea, como dicen, «el cantor de lo pasado», y esto quizá modera el entusiasmo de muchos que temen ver confundida su admiracion por el talento del poeta con su asentimiento á las ideas del hombre.

Yo por mi parte no escrupulizo tanto. No soy de los que rompen los pantalones por las rodillas y los sombreros por el ala; pero si á los cantores de lo pasado prefiero los cantores de lo presente, esa predileccion nunca me impedirá ver y acatar en Zorrilla el primer poeta español de nuestra época.

¿Qué es Zorrilla? Un gran artista. Pues bien, el arte es esencialmente libre, y en su dominio ideal vuela independiente de la ciencia, de la filosofía y aun de la moral. Por más escéptico que seas, atrévete á negar la grandeza del Dante. Por más creyente que seas, atrévete á negar la grandeza de Lucrecio.—El arte es un dogma sin ateos.— Digo mal, tambien los tiene; pero esos llevan un nombre especial: en la lengua de Castilla los ateos del arte se llaman *tontos*.

Federico Balart.

MUEBLES DE LUJO.

(Metro libre, como ciertas costumbres.)

—Tilin, tilin!...
—¿Llamaba usted, señora?
—¿Qué hora tenemos, Pepa?
—Son las nueve.
—Pues mira, que me sirvan chocolate.

—Tilin, tilin!...
—Ya voy.
—¿Cómo está el día?
—Empieza á lloviznar. ¿Va usted á vestirse?
—No, cuando den las once. Vete, y cierra.

—Señora!
—¿Por qué vienes? ¿No te he dicho que no quiero vestirme tan temprano?
—Es que la peinadora está en la sala...
—Pues bueno, que se espere.
—Y va á marcharse, porque dice que tiene mucha prisa.
—¿Jesus, hija, también es mucho cuento! No han de dejarle á una ni un instante de reposo!
—¿La visto á Vd., señora?
—Sí. Traeme el peinador. A esa importuna dila que entre... ¡Escucha! Mientras tanto prepara el *neceser*, y mi vestido color de perla saca del ropero... Y ¡mira! si trajeron los periódicos, dame el *Gil Blas*, *La España* y *La Reforma*.

—¿Pepa!
—¿Señora?
—Pónme una butaca cerca del mirador, y dile á Rufo que se llegue al teatro y que pregunte qué función va esta noche. ¡Vamos, anda! ¡Vida más afanosa no es posible! ¡Ha de estar una en todo, ó han de hacerlo todo al revés!... Veamos qué hay de Italia. *Despachos telegráficos. Las tropas restablecen el orden en Sicilia...*
¡Lo de siempre! Veamos qué nos dice la crónica local. *Ayer, á cosa de las nueve, un muchacho fué cogido por un coche en la calle de las Huertas. Este lance es el cuarto que anotamos en lo que va de mes...*

—Tilin, tilin!...
—¿Llamaba á usted, señora?
—Esos papeles llévate, que maldito lo que dicen. Y tráeme mi corsé á la *perezosa*, y avísale al cochero que prepare la carretela azul y el tronco bayo, porque voy á salir á hacer visitas.

—¿Pepa!
—¿Señora?
—Avisa al señorito que vamos á comer, pues son las siete y esta noche se canta *La Africana*.

—Tilin!...
—Señora!
—Vísteme.
—¿Qué adorno lleva usted?
—El de flores.
—Y ¿qué abrigo?
—El de raso con pieles.
—¿Qué aderezo?
—El de amatistas y rubies.
—¿Y el traje?
—El nuevo de *foulard* con blonda negra.

—Pepa!
—Señora!
—El tál! ¡Qué fatigada me encuentro!
—¿Se le sirve á usted en la alcoba?
—Sí, ven á desnudarme y en el lecho lo tomaré mejor y más tranquila.
¡Por fin llegó la hora del descanso!
—¿Necesita algo más por esta noche la señora?
—No, vete; pero... ¡escucha! ¡que nadie me despierte hasta que avise!

Mujeres á la moda y elegantes dicen que estos autómatas se llaman.
¡Pobre de ti, lector, si alguna de ellas mantienes para adorno de tu casa!

Federico de la Vega.

EN UN COCHE DE PLAZA.

—Eh, cochero, páre Vd.
—¡Sóo! Entre su mercé, señoritu.
—Al Saladero!
—¡Al instante, caballero; en un periquete le llevu á su mercé á la cárcel.
—¡Animal!
—¿Hablabá Vd. con el caballo?
—No, contigo.
—¡Tantu honor!
—Arrea, que tengo prisa.
(El coche sale á medio trote, y al pasar por la Red de San Luis, grita el que va dentro:—¡Pára, pára!)
—Adios, Remigio, ¿dónde vas en coche?
—A la cárcel.
—¿Y qué traes entre manos?
—Te diré: me ha nombrado su defensor el Sr. de Gomeles, que fué sorprendido por su mujer en casa de otra mujer, y le ha formado causa, y parece que si yo no ando listo me le llevan á presidio por adúltero.

—Anda, Curro, que me paece tarde pa llegá á la Vicaria.
—No ta pures, Catana, que en jamás ha fartao una mala hora pa que á uno le echen la cuerda al piscuezo.
—No seas asina.
—Mujer, pa casase nunca es tarde.
—Déjate de groma. ¿Vamos á tomar un coche?
—Aspérate. Veré cómo estamos de *parnés*. Pues si somos ricos, chica. Hay aquí casi casi diez realazos...
—¡Cochero, cochero! Quite osté ese demonio de tablilla, que yo arquilo el birlocho.

El cochero (aparte).—Que tono se dan estos pobretones por una peseta. Soó. Vamos á ver. ¿Se suben ostés ó no?

—No gasta osté poco imperio.
—Me paece á mí que al cochero le van á tentar el bulto.
—¿Quién, usté?
—No te comprometas, Curro.
—Déjame.
—Ande osté, cochero, á la Vicaria.
—¿A la Vicaria, eh? Me alegro. El las pagará todas.

—¿Cochero!
—¿Señora!
—¿Qué hora es?
—Las ocho.
—Pues vaya Vd. despacio.
—¿Á dónde?
—A donde Vd. quiera... Al Prado...
—Está muy bien. ¡Arre!
—¿Cochero, páre Vd.! que quiero saludar á mi primo.
—Adios, Maruja.
—¿Quiéres entrar, Juanito? Daremos un paseo.
—No tengo inconveniente.

El cochero.—¡Arre!
Dos horas despues.
El cochero.—Me debe Vd. treinta reales.
—¿Cómo treinta reales, si sólo han pasado dos horas?
—¿Dos horas nada más? ¡Á mí me han parecido ochu!

—Cochero, ¿me he dejado olvidados unos papeles en este coche cuando fuimos ayer tarde el Gobierno político?
—Aquí no se ha dejado nada.
—Pues me hacian mucha falta. Figúrese Vd. que eran unos documentos pertenecientes á las dehesas de mi pueblo....

—Cochero, ¿ha encontrado Vd. una carta ayer cuando volví de la calle del Pez?
—¿Una carta con sobre chiquititu.... y con un olor?...
—La misma.
—Si, señora, la he visto. Aquí la encontré en este rincón.
—¡Cielos, cuánto me alegro! Ella me defenderá de las acusaciones de mi marido. ¡Démela Vd.!

—Esu es otra cosa.
—¿Cómo?
—Yo non sabia.... y como era de papel tan finu, me sirvió para hacer cigarrillus.
—¡Horror! ¿Te la has fumado, cochero?
—Enterita.
—¡Pues te has fumado mi honra, bárbaro!

—Cochero, que tengo prisa... mucha prisa... figúrate que *ella* me espera.
—Señorito, aguarde Vd. á que me eche un vaso de vino.
—Yo guiaré.
—Eso sí que no. El caballo es muy fogoso... No lo han querido para la plaza de los toros... Conque no tengo más que hablar.
—Corriente. Guía tú.
—¿Dónde vamos?
—Limon, 2.
Un vendedor.—¿Pide Vd. limon, señorito? Lo llevo helado.

—Mire Vd., cochero, nosotras queremos ir á la Fuente Castellana.
—Á pasear?
—Hombre, diré á Vd. El conde de Jaspe nos ha convidado á comer y á dar un paseo por los jardines, y como la tarde está buena...
—Me parece bien, señoras.
—¿Podemos ir ya?
—Cuando gusten. (Estas pobres son novatas en esto de coches.)
—Está muy bien, cochero.
—Y díganme, señoras, ¿habrá que ajustar por horas?
—Como Vd. quiera. El conde es el que paga.
—Y dígame, ¿no podré yo también alcanzar algo de la comida? Porque así teniendo pienso, escúsome de venir á Madrid.
—Corriente. El conde paga.
(El cochero da un latigazo al caballo, y grita:)
—¡Arre, arre! ¡Viva el saleru, y cómu mus vamos á divertir!

Luis Rivera.

ADELAIDA BORGHI-MAMO.

Nuestros lectores verán con gusto los datos biográficos de esta célebre artista que hoy llama tan justamente la atención en el teatro Real de Madrid.

Nació Adelaida Borghi en Bologna (Italia) el 9 de agosto de 1831; su padre era empleado en el teatro de aquella ciudad, y una noche, por no dejar á Adelaida sola en casa, la llevó al teatro y la colocó entre bastidores, desde donde pudo observar la representación de *Julietta y Romeo*, de Bellini, con el tercer acto de Vaccai.

La jóven Adelaida debió sentir aquella noche por vez primera todo ese mundo de poesía y resplandores que embarga y llena la imaginación. El sentimiento del arte, el sentimiento del amor, la catástrofe violenta de Romeo, la tempestad de su alma, todo debió aparecer ante sus ojos maravillados, con el sello de la más profunda simpatía. La jóven lloraba, y en vano la decían que todo era mentira, ficción, arte. Ya en su casa, pasó la noche entregada al delirio, y al despertarse, cubriendo una silla con ropas, para que imitase la tumba de Julietta, cantaba con voz llorosa y repetía el famoso verso:

¡Ah! *Se tu dormi, ¡svegliati!*



LA VUELTA DE ZORRILLA.

Yo soy el trovador que vaga errante;
si son de vuestro parque estos linderos,
no me dejéis pasar, mandad que cante.

(ZORRILLA.—Cantos del Trovador.)

Me gustan todas
blancas y rubias,
y las morenas
en general.

Y si el teatro
por mí se llena
y aplauden todos
me gusta más.

ANUNCIOS

Desde aquel día sintió en su corazón la necesidad del canto, y todas las noches se veían sus padres obligados á llevarla al teatro. De este modo oyó repetidas veces *Norma*, *Otello*, *Capuletti é Montecchi*, y al otro día, formando con los muebles de su sala una especie de escenario, pasaba las horas enteras cantando y molestando á la vecindad que empezó á llamarla *la prima donna*. Ella aceptaba este nombre con orgullo juvenil, como si su alma entreviese ya los triunfos que la reservaba el porvenir.

Con estos ejercicios fué desarrollando una voz sorprendente y los vecinos se reunían para oír la cantar la famosa romanza de *Otello*:

*Assisa a piè d'un salice,
immersa nel dolore
gemea trafitta Isaura
dal piu crudele amore:
l'aura tra i rami flebile
ne ripeteva il suon.*

También cantaba la romanza de Vaccai en *Julieta y Romeo*, que antes hemos citado, y la de *Norma*:

De non volermi vittima.

Estas tres piezas de música son sin disputa los tres puntos más culminantes del arte; tres suspiros que tienen

el privilegio de ser eternos, como es eterno el sentimiento en el corazón humano. Véase cómo desde sus primeros años, Adelaida adivinó y sintió el bello arte, y bebió en las verdaderas fuentes de la belleza, lo que más tarde fué su encanto y el del público.

A la edad de catorce años empezó á conocer el mecanismo de la música, bajo la dirección de la célebre profesora Festi.

A escondidas de la profesora, estudiaba de oído la parte de Bianca en *Il Giuramento* y la de Climene en *Saffo*. Por este tiempo llegó á Bologna el empresario del teatro de Urbino, con objeto de oír á las discípulas de la señora Festi, y ver si había alguna bastante adelantada que pudiera servir para su teatro. Ausente la Festi, hizo cantar á las discípulas, y Adelaida, con todo el atrevimiento de los pocos años, y recomendándole el secreto, cantó las dos piezas que sabía de *Il Giuramento* y *Saffo*, agradando tanto al empresario que formó empeño en contratarla.

En esto suena la campanilla. Era la profesora.
—No le diga Vd. que hemos cantado, dijo Adelaida escapando.

—¿Cómo te llamas? le pregunta el profesor.
—Yo? *La prima donna de la Mascarella*. (Mascarella era el barrio donde vivía y cuyos vecinos le habían bautizado de *prima donna*.)

Entra después la Festi y hace cantar á sus discípulas.
—Falta una, dijo el empresario.

—No tal.
—La *prima donna de la Mascarella*.
—¡Ah! Habla Vd. de Adelaida..... Esa jóven no sabe todavía cantar: ahora está aprendiendo el solfeo.
—¡Imposible! Si yo la he oído.
—Se engaña Vd., señor empresario.

Entonces la Festi llamó á Adelaida, se puso al piano, y más bien por burlarse del empresario accedió á que la jóven cantase.

Adelaida triunfó. Desde aquel momento, su porvenir estaba asegurado.

Salió, pues, en el Carnaval de 1847 por primera vez ante el público en Urbino, patria de Rafael. Tenía 16 años á la sazón, y el público, haciendo justicia á su hermosa voz de medio soprano y á su escasa figura, decía: «No se la ve, pero se la oye.»

De Urbino pasó á Imola, Rimini, Cento, S. Giovanni a Persiceto, Módena, y en 1849 cantó en Malta, donde se casó con un caballero italiano, el Sr. Mamo, desde cuya época aumentó la segunda parte de su apellido.

De Malta vino á Nápoles; y desde este momento vuela su nombre en alas de la fama. En Nápoles escribió Mercadante para ella *La Stalira*; Lauro Rossi, *L'Alchimis-*

ta; Pacini, *Malvina di Servia* y *Romilda di Provenza*; Petrella, *Marco Visconti*.

De Nápoles pasó al teatro Imperial de Viena, luego á Florencia y al teatro italiano de París. En este último punto fué contratada en la *Academia imperial* para cantar en francés, sin conocer el idioma. Pero la voluntad puede mucho: cuatro meses despues, ensayada por Meyerbeer, debutó con *El Profeta*, ópera difícilísima y en un idioma nuevo para ella. Pero sus mejores triunfos los alcanzó en *Favorita*, que hizo 76 veces en aquella temporada.

Para la Borghi-Mamo escribió Halevy en francés la *Magicienne*, Feliciano David el *Erculanum*, y Verdi mandó traducir *Il Trovatore*.

De París, donde estuvo seis años, pasó al teatro de la Reina, de Londres, donde hizo el *Otello*, que es su ópera favorita. Rossini se dignó darla algunos consejos que la han valido quizá su mejor triunfo. *Otello* es la ópera que más se adapta á sus facultades, y parece enteramente escrita para ella.

Hemos dado á conocer la vida artística de la Borghi-Mamo. Su voz de *mezo soprano* es pura y simpática. Tiene un talento maravilloso para comprender las grandes situaciones: espresa la pasión con una fuerza y energía que arrebatan. En el cuarto acto de *Favorita* está inimitable. ¡Qué espresión, qué nobleza, qué modo de cantar tan sentido, qué acento tan puro! En *Saffo* la hemos visto crecerse cada noche, dando muestras de ser artista de un talento extraordinario.

ECOS DE MADRID.

El teatro Real ha estado *desanimadito* las noches en que se ha cantado la *Forza del destino*.

Es verdad que las óperas de Verdi no son para otra cosa.

En su última obra hizo llegar al tenor al *sol*.

En la primera que haga piensa hacerle llegar al planeta Venus.

En cambio, ha vuelto á cobrar su antigua animación con la *Saffo*.

Si no cantase en esta ópera más que el barítono Varveroni, yo diría también: ¡*Saffo!* y echaría á correr. Pero canta la Borghi, y me quedo.

Es forzoso aplaudir.

Hay un teatrito en Madrid que se llama

Teatro de Buenavista.

El que quiera conmovirse, no tiene más que acudir allí.

El Trovador, *El Rey Monje*, *El terremoto de la Martinica*, son cositas de poco más ó ménos en aquel rincón de mundo.

Dentro de poco se podrá decir:

«Anoche se puso en escena en el teatro de Buenavista «el juguete en cinco actos, titulado *Hamlet*».

«Para fin de fiesta se ejecutó la piececita en dos cuadros, titulada: *La Lámpara del Santuario*, ó *los hotentotes constipados*».

Un revistero, ocupándose de la supresión de los serenitos, le dirige dos ó tres insultos á la civilización; dice que la civilización ha derruido las iglesias en que rezaban nuestros papás; dice que la civilización ha cegado el canal donde los desesperados encontraban un refugio á sus penas (¡cuidado que esto es edificante y moral!) Dice que Madrid ha permanecido indiferente ante la desaparición del sereno. Añade que la Bolsa no subió ni bajó aquel día, y por último exclama: «¿Qué insensibilidad es esta? ¿Cómo es posible tanto indiferentismo?»

Está dicho todo aquello con tan buena fé, que yo he tenido por conveniente conmovirme.

Si; lloremos.

¡Ah!

Tres veces, ¡ah!

Diez veces, ¡ah!!!

¡Ha desaparecido el sereno!...

¡Deten, Dios justo tus iras,

Deten tu justo rigor,

no nos quites el sereno

te lo pido por favor!

Madrid ha perdido toda su serenidad. El revistero de la *Época* está delicado desde que no hay un gallego que le vele el sueño. ¡Oh! Corramos un velo.

BALADA.

El sereno.

Con aguas y con nieves, impávido y sereno
un hombre en vela está.
Sus ojos centellean entre la sombra oscura,
¡ya viene, ya vá!

Las doce se repiten en veinte campanarios,
¡las doce! canta él,
la lluvia que descende le pone hecho una sopa...
¡figúrese Vd!....

Mas ¡ay! que su presencia jamás á consolarnos
podrá desde hoy tornar.
¡Oh cielos! ¡Lesuprimen!... y el mundo indiferente
comienza á roncar.

Se vá el sereno,
no volverá.....
los cielos lloran.....
¡qué atrocidad!

Eusebio Blasco.

CABOS SUELTOS.

En el próximo número daremos la revista de teatros escrita por el Sr. Balart.

Segun dice *El Memorial Diplomático*, la jóven emperatriz Carlota manifestó los primeros síntomas de locura despues de una audiencia en el Vaticano.

Su manía consiste en ver por donde quiera veneno y envenenadores, y pasa dias enteros comiendo sólo castañas.

La sublevación de los Abeses (en Oriente) toca á su fin.

Más de doscientas muchachas, robadas por los revoltosos, han sido devueltas á sus familias.

¡Y en qué estado, gran Dios!

Se ha mandado por real orden que los jefes y oficiales vayan siempre de uniforme completo, prohibiéndose por lo tanto el uso del chalequito.

Los periódicos religiosos continúan defendiendo la inquisición.

Dicen los periódicos que ha llegado á Lisboa un cargamento de legítimo ginebra.

Me alegro mucho.

A propósito: en Portugal se forma un campamento militar.

Pues señor, no lo entiendo.

¡Ah, gran noticia! En Novedades va á representarse un drama titulado: *Los mercaderes de amor*.

Dicen que es una obra interminable.

En Valencia se publicará un periódico titulado *La Idea*.

Difícil es la tarea,

y aunque se dé á precio módico,

no ha sido muy buena idea

la idea de tal periódico.

Acabo de leer en *El Génio Médico-Quirúrgico* que el doctor Sr. Tejada y España ha renunciado la cruz de Be-

neficiencia con que había sido agraciado por sus servicios durante el cólera último.

Siento mucho no decirlo en verso, pero ¡qué diablo! diré en prosa que me agrada mucho la conducta del señor Tejada.

¿Qué más satisfacción puede desear un hombre, que la de haber hecho bien al prójimo?

Doña Blanca de Lamusa!

Así se llama una novela cuya primera entrega acaban de echar por debajo de mi puerta.

Empieza esta novela describiendo una embarcación que cruza el golfo de Nápoles despues de una borrasca.

La noche era muy oscura, y sin embargo, dice el autor que los *apagados faroles, colocados junto al timonel daban á la misteriosa embarcación un aspecto extraño y nada tranquilo*.

¡Demonio, demonio! Nunca creí que unos faroles apagados, y en noche oscura, pudieran dar tanta luz.

Esta novela se dá por entregas á cuatro cuartos, y constará de 85, de modo que valdrá 42 rs. y medio.

Ni las de Victor Hugo, ni las de Walter-Scot, ni las de Balzac, se han vendido tan caras.

Verdad es que no se han dado por entregas.

Ni las publicaba la *Biblioteca Económico-ilustrada de los Sres. Minuesa y Marés*.

Dicen que el Sr. Bagier piensa cedernos la Patti para fin de temporada...
¿Para fin? Pues *escamati*.

¡Desengaños!

Seductora doncella, la que siempre
oculta tras el velo misterioso
del toldo del balcón, al alma niegas
la esperanza que adoro.

La que un billete deslizar hiciste
por esos hierros que á mi amor le cierran
la ocasión de mirar tu faz galana,
la ocasión de que sepas

que aunque nunca mis ojos te miraron
cual quisieran, doncella misteriosa;
que aunque nunca mis labios te dijeron

que eres mi gloria,
harto la fé con que anhelante vivo
y la bella ilusión con que te amo...

¿Descorres ese toldo? ¡qué ventura!
¡mis ojos te miraron!

Mas ¡triste desengaño! ¡suerte infausta!
Cegad, cegad los ojos que habeis visto
á la doncella de mis dulces sueños
sacudiendo un vestido!!

Gerardo Blanco.

ANUNCIOS.

Á LA HUMANIDAD.

Curación verdadera de los CALLOS, BERRUGAS, SABAÑONES, PANADIZOS y otras dolencias de los pies y manos, en el gabinete del pedicuro Taverner, Carrera de San Jerónimo, núm. 12. Gratis á los pobres.

Para desvanecer la fundada desconfianza del público, aleccionado por una larga serie de desengaños, se garantiza la curación, devolviendo los honorarios á todo el que no quede curado. Además, y como una nueva prueba de la verdad, de entre las muchas personas curadas en esta corte, se exhibirán los nombres y domicilios de algunas, que podrán informar, y cuyo testimonio no será á nadie sospechoso.

ALMANAQUE DE GIL BLAS

PARA 1867

Artículos, versos, epigramas, caricaturas, apópsitos y despropósitos, todo guisado y condimentado por los redactores de GIL BLAS y *adláteres*, formando un volumen elegantísimo de 64 páginas á dos columnas, con una cubierta de color dibujada á la *dernier*.

Este Almanaque estará á la venta dentro de muy pocos dias, á 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

GRATIS para los suscritores de un año á GIL BLAS.

Los corresponsales de provincia pueden hacer los pedidos con las mismas condiciones que el año próximo pasado.

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1866.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.